Carmen de Burgos

El triunfo de Israel

PARECE un hecho que, contra todas las profecías falsas, el reino de Jerusalén se funda para la raza judía. Los esfuerzos de pensadores como Espinosa y Max Nordau; de poetas como Heine, de hombres de negocios como Rotschild, se ven coronados por el éxito.

Seguramente no todos los judios volverán a la tierra de promisión, refugio de los orientales, siempre perseguidos y maltratados a través de los siglos.

En realidad no han sido los sefarditas, los judíos españoles, apellidados «francos», los que han tenido la peor parte en las persecuciones. Turquía dió generosa hospitalidad a los que la Inquisición arrojaba de España. La persecución religiosa los hacia simpáticos al pueblo musulmán. Los dejaron tranquilos en sus Mahales (barrios judíos), y ellos mostraron su gratitud siendo los maestros que difundieron la cultura, la ciencia, en especial la medicina, y los beneficios de la industria y el comercio.

En cambio, los israelitas de origen alemán, llamados «tudescos», no han hallado casi nunca lugar de refugio y han sido tratados cruelmente, con burla y menosprecio. Siempre objeto de los peores tratos, se les obligaba hasta a vestirse de un modo diferente para no tener trato con ellos.

Las vergonzosas matanzas de judíos de los tiempos inquisitoriales se han repetido, por desgracia, con demasiada frecuencia. En todas partes la mira fue arrebatar a un pueblo trabajador y honrado el fruto de su trabajo, con el pretexto de la religión o del nacionalismo.

Recientes están las tristes persecuciones sufridas en la misma Francia; cuando Drummont se erigieron en campeones de la persecución de los israelitas, bajo el pretexto de que Francia fuese para los franceses.

Pero lo peor que podía pasar ahora a las naciones era que los judíos las abandonasen en masa.

Alfredo Naquet, el ilustre sefardita, hombre de estado y autor de la ley del Divorcio en Francia, contaba la anécdota

de que los ingleses destruyeron los sapos, pobres animales, útiles pero odiados por los ignorantes, como lo fueron los judios en la Edad Media. Cuando apenas quedó un sapo en Inglaterra, todo el país se vió invadido de gusanos y larvas, que ellos destruían antes, como los pájaros lo hacen con los insectos alados.

Los ingleses, gente práctica, repararon el mal comprando sapos a peso de oro. Pero el castigo de los que mataron y expulsaron a los judíos fué mas duro, porque no pudieron remediar tan fácilmente el daño.

Naquet decia: «La matanza de sapos sólo costó a Inglaterra algunas malas cosechas y algunos centenares de miles de libras esterlinas. La expulsión de los judíos hizo caer a España del glorioso rango que había ocupado en el mundo».

Recuerdo esta anécdota del ilustre pensador y grande amigo mío por cómo se alarman las naciones que persiguieron y maltrataron a los judíos al pensar que ellos los abandonen. Será fácil que se les agasaje y se les concedan privilegios para evitarlo.

Uno de los signos de este triunfo de los judíos es cómo se están multiplicando en estos últimos años las ediciones del Talmud, ese libro depósito del producto mental de la raza oprimida, que puede considerarse como su verdadera Biblia, y que tan cruelmente les prohibieron los obispos españoles.

El Tamud de Jerusalén y el Babilonio, escritos ambos en caldeo, como es sabido, se están traduciendo a todos los idiomas, algo así como se hizo con la Biblia Políglota. Cuando su lectura se difunda, cuando ese «mar del Talmud», como se le llamaba por su obscuridad, sea bien conocido, los pueblos admirarán el sentido moral de los judios.

Libro donde iban a parar todas las manifestaciones de su pensamiento, hay en él esas fábulas literarias, de exageración oriental, que se hallan en toda la literatura del Asia.

Sólo como fragmentos literarios puede considerarse la creación del Adam gigante, de los animales descomunales, de los ríos inmensos, como aquel en donde bebía un pájaro, sin que el agua le cubriera las patas, aunque era tan profundo que la piedra arrojada en aquel sitio siete años antes no habia llegado aún al fondo. Es el pájaro Roch de los cuentos persas. Ese pájaro que rompiendo un huevo provocó un diluvio que arrancó 300 cedros.

Se encuentra esa concepción en casi todas las religiones.

En la Iliada los dioses son mayores que los hombres. Venus toma estatua de mujer para seducir a los mortales. No es justo, pues, haberse aprovechado de esos fragmentos más conocidos, para ridiculizar al Talmud.

Pronto se leerá en castellano, se desvanecerán los prejuicios y podrá verse que no es un libro de cábala ni un libro satánico, sino el arca sagrada de la mentalidad judía, impregnada de poesía y de una moral superior.

Publicado en "Revista de la Raza". Septiembre de 1922.